

uno de los marineros, fijándose en D.^a Vicenta (que todavía estaba de buen ver) le echase una flor en castellano chapurradísimo, rieron todos sin ofenderse, y aun llevaron la benévola disposición de su humor hasta ofrecerles por señas el vino que había quedado. Pararon los otros, aceptando, y allí, en medio de la calle, juntáronse los dos grupos, hablando por señas y risas, y celebrando Pascua de fraternidad, cuyo sentido quizá no comprendían bien, pero les llegaba al alma á unos y á otros.



Melones

I

Anochece cuando Ramón y su tío Manuel dejaron la playa, encaminándose hacia el pueblo, donde les aguardaba la cena. Habían pasado la tarde echando el copo, por pura distracción, con varios pescadores amigos, sin lograr coger más arriba de media docena de *lisas* y algún que otro salmonete á medio crecer.

No por eso disfrutó menos Ramón. Después de tres años pasados en el servicio militar, era aquella la primera vez que volvía á sus antiguas aficiones, más gustosas y apetecibles tras la privación. Y en eso iba pensando, en el dulce y singular deleite que le causaba la vida nueva (tantas noches soñada sobre el tablado del

cuartel ó junto á la hoguera del campamento), mientras subía la empinada cuesta que por aquel sitio conduce desde la playa á los campos de labor del llano en que se asienta Lamprea.

Iban tío y sobrino silenciosos, sin fijarse en el hermoso crepúsculo, pero sintiéndolo cada cual á su manera, uno en el cuerpo y otro en el alma. El tío Manuel notaba la hora en cierto cosquilleo del estómago que le pedía la acostumbrada cena, y en tal cual tropezón que su cansada vista le hacía dar en las piedras y hoyos del camino. Ramón distinguía, con la novedad del espectáculo y aquel amor á su tierra que le poetizaba ingenuamente las cosas, algunas de las bellezas del paisaje; y ora miraba, complaciéndose en ello, el fino semicírculo de la luna creciente, próxima á doblar la cumbre de los montes lejanos, ora pasaba por éstos la mirada penetrante, abarcando la ancha curva que describían, enlazados unos á otros, desde el remotísimo poniente, hasta caer sobre el mar á poca distancia del camino, hacia la derecha.

Cuando llegaron á lo alto, á terreno llano, vieron de un golpe toda la huerta del pueblo. La arboleda de algarrobos,

almendros y olivos ocultaba en su mayor parte las viviendas, y los sembrados de maíz, ya muy altos, parecían grandes haces de lanzas, dibujadas en negro á contra luz, y de las cuales pendían, como banderolas grises, las anchas y afiladas hojas.

Detúvose el tío Manuel un momento para enjugarse el sudor de la cara, y dijo:

—¿Has visto tú cuánto maíz y cuánto melón hay este año?

—¡Y tanto! Ha sembrado todo el pueblo.

—Ahora va barata el agua; pero ya verás como la mitad de los melonares se pierden.

—¿Y el de usted, tío?

—Sin alabanza, es el mejor del contorno y el más primerizo. Lleva renta abundante y temprana.

—Pues ojo, no hagan con él alguna de las suyas los muchachos.

—¿Quién? Verdad es que todas las noches rondan los que han venido de Larache y los *alacheros* (1); pero ya vigilo, ya. Y no les arriendo la ganancia si vienen—añadió el tío Manuel, pegando con su cayado

(1) Marineros dedicados á la pesca de la *alacha* (especie de sardina) en esta época del año.

un fuerte golpe sobre una piedra del camino.

—¿Hizo usted barraca?—preguntó Ramón.

—¡No que no! Y grande y cómoda. Mirala, allá se ve.

Señaló el viejo á su izquierda, sobre el barranco, un terreno libre de maiz y en uno de cuyos extremos veíase confusamente, á la media luz del crepúsculo mortecino, una especie de choza hecha con cañas sin igualar, cuyas puntas largas y empenachadas formaban una crestería ondulante con el viento.

—¿Se queda usted esta noche?—preguntó de nuevo Ramón.

—Sí—dijo el tío.—¿Quieres venir tú?

—Por eso lo decía.

—Pues aprieta con el camino, cenamos y á la guardia en seguida.

Caminaron más ligeros á través de los campos, por sendas y acequias, cruzándose á cada momento con gentes que volvían á sus casas, unas del baño, en nutridos grupos de mujeres y niños, otras del monte, cargadas con hierba ó sacos de almendruco. Unas y otras pasaban sin saludar, como es costumbre en la tierra así que llega la noche. Por todos lados

brillaban ya las luces del caserío; y sobre la dulce é inmensa quietud de la hora, elevábase el concierto chillón y acompasado del tenaz grillo, cantor de las veladas estivales.

II

Apenas cenaron, después del cigarrito de costumbre, que hacia veces de postre, encamináronse á la barraca tío y sobrino. Llevaba el tío Manuel colgada de un hombro la escopeta, con buena carga de perdigones, según su costumbre. Bien sabían todos en el pueblo lo ligera que le andaba la mano en punto á castigar ladronzuelos, descerrajándoles un tiro sin compasión alguna. Verdadero labrador, apegado á la tierra, celoso de sus frutos y rendimientos, comprendía el perdón para todo menos para los delitos contra la propiedad rústica. Para él cabía disculpa en un homicidio, pero no en el robo de un saco de algarrobas. Si le hubieran encomendado la redacción de un código penal para el campo, hubiese aplicado, sin vacilación ninguna, la pena de muerte hasta en las menores faltas. Quemar una mies, tron-

char un arbolillo joven, cortar una cepa, eran para el tío Manuel crímenes más atroces que los del *Sacamantecas*. Así es, que no sentía compasión alguna hacia los delincuentes, y su amor á la tierra llegaba hasta cuidarse de los intereses de los demás tanto como de los suyos propios.

Ramón no comprendía aquellos furores de su tío. Había visto en sus campañas tantas veces destruir campos, quemar ó cañonear granjas, fusilar árboles, que todo le parecía poco en comparación de tales horrores. Para él la velada en la barraca era nada más que un placer, una evocación agradable de vida pasada, más llena de encanto ahora, en que se juntaban la novedad y el recuerdo, mientras que para el tío Manuel era como una guardia de estrecha consigna, un deber de cumplimiento rígido.

Llegaron allá sin tropezar con alma viviente. La noche, clara, con cielo brillante tachonado de estrellas, envolvía el campo en luz suave, que dulcificaba las sombras y emblanquecía los rastros. De vez en cuando un soplo ligero de viento movía los árboles y las cañas de maíz en leve són, que parecía como el roce de una mano delicada. Los grillos chirriaban á

más y mejor, y el mar movía incesantemente, con rumor sordo, sus olas sobre los cantos rodados y la arena de la playa.

La barraca era espaciosa. Podían tenderse en ella cómodamente cuatro hombres; pero no había más que una silla de cuerda, que Ramón ofreció á su tío.

—Luego, luego—dijo éste.—Ahora vamos á correr el melonar.

Arrimando la escopeta á un ángulo de la barraca, salió, estirando los brazos, gozoso de poder enseñar su cosecha, de verla otra vez, como si fuese el más preciado tesoro.

Una por una registró las matas, mostrando los frutos, alabando sus cualidades.

—¡Mira éste, qué hermoso! Aquí hay cinco..., aquí siete... ¿Has visto tú mejores melones en tu vida?... Estos de aquí son de agua: una simiente de primera, que me dieron en Guardamar. No me ha fallado ni una mata. Eso sí, les he dejado el campo entero para que medren á su gusto. No hago como otros, que plantan junto al melonar tomates, cebollas y maíz. No hay que pedir demasiado á la tierra, ¿no es eso?

Ramón decía que sí á todo, aunque no le moviesen mucho los entusiasmos de su

tío. Placiale más estar sentado, sin hablar palabra, en esa paciente inmovilidad de los campesinos, que recuerda á veces la calma contemplativa de los árabes.

Aquella noche, además, tenía grandes encantos para él. Sin darse exacta cuenta de lo que le pasaba, sentíase dominado por las cosas, hallaba la emoción correspondiente á todas las sensaciones del campo, que renovaban en él otras hacia tiempo olvidadas.

Maquinalmente siguió á su tío, que después de haber inspeccionado todo el melonar volvió á la barraca para sentarse y echar un cigarro; pero Ramón no tenía sentidos más que para las cosas de fuera, que á cada momento le brindaban con nuevas impresiones.

El tío Manuel concluyó por advertir aquel ensimismamiento, y, ofendido, cesó de hablar y se metió en la barraca. Inútiles fueron las excusas de Ramón; y ambos permanecieron callados, fumando cigarrillos, extraños el uno al otro, entregados cada cual al curso dominante y vario de sus pensamientos. El tío Manuel, tumbado sobre una manta, parecía dormir, y Ramón, contagiado por el ejemplo, á pesar de las mil emociones agradables con que

le brindaba la noche, empezó por cabecear y concluyó por dormirse de veras al cabo de un rato, apoyando la cabeza en el asiento de la silla, que era muy baja.

III

Precisamente aquella noche la gente moza del pueblo, los zagalones de diez y ocho á veinte años, estaban de un humor lo más revoltoso del mundo. Hasta más de las doce alborotaron en la plaza disparando cohetes y no dejando momento tranquilo á los vecinos. Bien es verdad que tales fiestas eran usuales, y nadie tomaba á mal las molestias que llevan consigo. Únicamente el maestro de escuela, que vivía enfrente de la iglesia, solía protestar en nombre de la integridad de sus ventanas, más de una vez tiznadas y chamuscadas por la pólvora; mas por eso mismo, los chicos disparaban mayor número de cohetes hacia ese lado.

Agotadas las provisiones pirotécnicas, formóse una ronda para ir á cantar á las chicas, y con ella se fueron los más. Quedaron sólo cinco, constituyendo rancho aparte. Dirigialos *Rata*, un muchacho pes-

cador, recién llegado de Larache, y el más travieso, guapo y gracioso de todo el contorno.

Conforme podía el diablo haberle tentado con otra cosa, le tentó con la idea de probar los melones del tío Manuel; y comunicada la idea á los compañeros, preciso será decir que no tuvo al principio gran acogida, no por escrúpulos de conciencia, sino por cierto miedo al genio expeditivo del dueño de la fruta. *Rata* los convenció al fin, exponiéndoles un plan sabiamente combinado, del cual resultarían á cubierto las respectivas individualidades de los ejecutantes. Justamente andaba por allí, á la mira de su dueño (que era el mismísimo *Rata*), *Hurtado*, el perro más fino y goloso de toda la tierra. No había otro como él para dejar limpia de uva una cepa, á poco que se descuidara el guardián de la viña. *Rata* quería utilizarlo como explorador, para que el tío Manuel no sorprendiera á la partida antes de tiempo; y habiendo sujetado al perro con una soga, de modo que no se escapara como solía hacerlo á menudo, echaron á andar *Rata* y sus acompañantes, ganosos de lograr su objeto.

.....

El tío Manuel dormía sólo á medias;

así, que no se le escapó el ruido que hicieron los mozos al llegar al barranco contiguo al melonar; pero como fué cosa de un instante y luego todo quedó en silencio, supuso que era gente de paso, quizá marineros que iban á pescar de madrugada. A poco le pareció oír un gruñido sordo, cercano á la barraca.

—Un perro—se dijo.—¡Ojo alerta!

Pero también el gruñido cesó, y el tío Manuel, desechando temores, siguió tumbado sobre la manta.

De pronto estallaron grandes gritos en el barranco:

—¡Socorro! ¡que me matan, que me matan!—Y en seguida lastimeros ayes y rumor de lucha.

Saltó el tío Manuel de la barraca, escopeta en mano. De un empujón despertó á su sobrino.

—¿No oyes que piden socorro? Hay riña ahí abajo.

Y sin aguardar contestación, echó á correr por la cuesta. Los ayes se repitieron, y esta vez los oyó Ramón perfectamente. Sin vacilar, aunque no llevaba armas, se lanzó campo á traviesa para coger un atajo que bajaba más derechamente que la cuesta á lo hondo del barranco. La

obscuridad era allí mucho mayor que arriba; los gritos habían cesado, faltando así medio de orientarse hacia el sitio en que debía de estar el herido que antes pidiera socorro. Llamáronse mutuamente tío y sobrino, y juntos ya, exploraron despacio el terreno. Nada hallaron en las primeras pesquisas, é iban á repetirlas con mayor cuidado, cuando sonó allá arriba una voz juvenil, evidentemente disfrazada, como la de una máscara, gritando:

—¡Melones! ¿Quién compra melones?

Oír esto el tío Manuel y saltar como una fiera, fué todo uno.

—¡Ladrones!—exclamó.—¡Me la han pegado!

En cuatro zancadas remontó la cuesta, seguido de Ramón; pero en el melonar no había nadie. El tío Manuel se detuvo, furioso, blandiendo la escopeta, buscando un objeto en quien desahogar la cólera.

Ramón trató de calmarlo.

—Quizá sea pura broma—dijo.—No se ve que haya destrozo alguno en el melonar.

—Te lo parece á ti. De seguro que si miramos de cerca hay medio bancal destrozado.

—Puede que no. Miremos.

—¡Y mientras tanto se escapan esos ladrones!

—¡Más escapados que van ya!...

Cediendo á la razón del argumento y á la ansiedad que le devoraba, no exenta del miedo de hallarlo todo destruido, el tío Manuel empezó á registrar el bancal. Los muchachos habían respetado todas las plantas, menos una, justamente la más adelantada, la que tenía fruta más próxima á madurez completa.

—¡Así revienten!—exclamó el tío Manuel.—Han ido donde podían hacer más daño. ¡Si llego á saber quién ha sido!...

Y la desesperación del viejo era tan grande, tan desproporcionada con el daño, que Ramón no pudo menos de sonreír.

—Vaya, tío,—dijo,—hay que conformarse. Menos mal que se han contentado con tan poco. Se conoce que han querido sólo hacernos rabiar.

—Y lo que es eso, lo consiguen—interrumpió el viejo.—¡Pero como yo coja á uno!...

Lentamente siguió á Ramón, que volvía hacia la barraca. Allí les aguardaba el golpe final, la gracia mayor de Rata. Sobre la silla, de modo que se destacasen

bien, había dos tajadas de melón, recién cortadas, que parecían juntamente convidar y burlarse. Al verlas, lanzó el tío Manuel el más terrible terno que en su vida usara, mientras Ramón reía con toda la espontaneidad de su juventud, abierta á las bromas, con tal que tuvieran alguna gracia. Recordábale aquellas otras, muy chuscas, de su vida de soldado.

—¡Qué cumplidos!—dijo.—Han querido que lo probemos.


Y como si le respondiera, gritó una voz en el barranco:

—¿Qué, está bueno?

Si Ramón no hubiese detenido de un brazo á su tío, es seguro que se precipita de cabeza, con tal de coger al guasón. Pero viendo que no podía desasirse, con el otro brazo levantó la escopeta al aire y disparó para desahogarse, para mostrar su cólera.

El tiro retumbó de colina en colina é hizo callar por un momento á los grillos más cercanos; mientras la voz, ya lejos, repetía burlonamente:

—¿Qué, está bueno?



Boceto

Sentado en la arena de la playa, entreteníame en ver cómo el patrón Bautista y dos de sus marineros recosían una vela, cuando de pronto se me ocurrió preguntar:

—¿No pescamos hoy?

—Como usted quiera—contestó Bautista. La lancha está ahí y el copo se trae ahora mismo del almacén.

—Pues andando. Tengo ganas de remar un ratito.

Dicho y hecho. En pocos minutos estuvo la lancha en el agua y nosotros dentro de ella, con el copo. El mar apenas se movía, reflejando el color puro del cielo, sin una nube; y sobre la extensa masa azulada, el sol, próximo al ocaso, enviaba

And. 1822

su luz de un dorado suavísimo, sin centelleos.

—¿Dónde vamos?—preguntó uno de los pescadores.

—A la otra parte del río—dijo Bautista. Tenemos tiempo de ir y es buen punto para el copo.

Yo había cogido un remo y comencé mi faena con gran entusiasmo. Para doblar la punta del río nos apartamos un poco más de la playa; y el mar, que parecía tan quieto desde ella, nos balanceó con sus olas imperceptibles, que levantaban y undían la proa en ritmo suave. Pasamos por delante del sitio donde se suelen bañar las mujeres. Algunas estaban dentro del agua, y otras, ya vestidas, merendaban sobre la arena. Nos saludaron con gritos y bromas, á que mis compañeros no dejaron de contestar con alguna que otra gracia de subido color.

Dimos la vuelta á la desembocadura del río—un río seco, por supuesto, un verdadero barranco, que sólo se llena de agua cuando llueve fuerte—y pusimos la proa á tierra. También allí había mujeres bañándose, y nos divertimos un rato amenazándolas con varar en el mismo sitio en que tenían la ropa y habían de vestirse.

Sea porque esto nos entretuviera, ó porque ya hubiesen pescado otros horas antes, los tres copos que sacamos salieron casi vacíos; digo mal, salieron con mucha alga, media docena de *lisas*, varios salmonetes pequeños, algún que otro cangrejo y pececillos menudos, de los que por allí llaman «peces de rey». Tan escaso resultado puso de muy mal humor á Bautista y á su gente. Yo me divertí lo bastante para no sentir el fracaso de aquella pesca, que era puro recreo; mas los pescadores de oficio rara vez pierden de vista el provecho de su trabajo.

Pusimos de nuevo la red en la lancha y dimos la vuelta. Anochecía; y aquella media luz que iba borrando las cosas, confundiendo mar y tierra en una misma tinta oscura, me produjo cierta melancolía agradable, evocando en mi espíritu no sé qué voces poéticas de indefinible encanto.—Sin darme cuenta, dejé de remar y me abismé en la contemplación de la noche, que avanzaba rápidamente. La línea de la playa desapareció muy pronto; únicamente en el horizonte, sobre la montaña, permanecía ligera claridad dorada que iba disminuyendo poco á poco. En el ocaso brillaba espléndida una estre-

33106

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, N. L.

lla y su luz reflejábase en el mar oblicuamente, en línea rojiza que parecía hundirse en el abismo...

Nadie hablaba en la lancha. Bautista había cogido mi remo y ayudaba para llegar pronto. Las olas, más gruesas que antes, sonaban sordamente sobre los cantos rodados de la orilla, que parecía estar muy lejos. Hubo un instante en que creí que no llegaríamos nunca, que navegábamos en un mar sin límites, lleno de nieblas y de misterios. Escondiose el lucero, y en su lugar brillaban ya mil mundos en el espacio azul. Todo lo demás era negro...

Cuando la lancha tocó tierra, el golpe que dió me hizo el efecto de una mano importuna que me sacudía, rompiendo el hilo de un hermoso sueño...

Estábamos delante del almacén. La luz de una linterna brilló de pronto á pocos pasos, y al saltar á la playa, en medio de la obscuridad que nos envolvía, me pareció que llegaba á una tierra ignota, diferente de la que pocas horas antes miraba como cosa familiar...



Paisaje

I

La lluvia nos hizo volver á casa más que de prisa. Volviamos rendidos, aspeados de tanto subir y bajar cerros en persecución de las perdices, sin haber conseguido cazar ninguna. El remojón final aumentó nuestro disgusto, y sólo pudo consolarnos el calorcito exterior de un hermoso fuego de leña que encendimos en la cocina y el no menos grato calor de unas sopas de ajo con huevos, que despachamos en un santiamén, rociándolas con vino tinto de la Huerta, espeso y obscuro.

Mi primo Leopoldo, que es de una naturaleza alegre por excelencia, recobró al punto su buen humor, empezó á bromear con Manuel el casero, y hasta le propuso